mer á su marido, en vez de Zeus, es el *Omphalos*, imagen de la bóveda celeste, el cielo mismo, que antiguamente era envuelto en lana, y después en cintas, en memoria de tan extraña idea, que no pudo tener otro origen que éste: dar de comer al dios parricida, una vez inventada la fábula del tiempo destructor ó devorador de sus propios hijos, la imagen del último, representada en el *Omphalos*, que era una piedra.

CERES Y PROSERPINA.

¿Quién es Ceres? Indudablemente es la tierra, y no obstante, Virgilio dice que Ceres es la luna. Es verdad que Vesta, el fuego doméstico, es para Dionisio de Halicarnaso, Furnuto, Arnobio y otros, la tierra; y que Juno, el aire, para todos, es para Atenágoras y Plutarco, también, la tierra. Y se comprende bien esta multiplicidad de atributos tradicionales y esta confusión de caracteres, sabiendo lo que en un principio representaron los dioses. Vesta, *Verta*, podía ser el fuego, la producción, la tierra que hace germinar y desarrollarse las plantas, y Juno, que es el aire, el soplo ó el espíritu, bien podía ser la tierra, llena de animación, que da vida á los seres, compenetrada, como la concebían, por el espíritu universal.

Todo lo que hasta ahora fué oscuridad y embrollo en la mitología, queda claro y sencillo después de descubierto el misterio original.

Se explicaba antes esta duplicidad de Ceres, por ejemplo, diciendo: «si Virgilio llama Ceres á la luna, es porque Ceres fué al principio el mismo personaje que Isis, personificación de la tierra, pero que antes había representado la luna.» Era este un modo como otro cualquiera de salir del paso y puede creerse que

la interpretación estuvo así entregada al capricho del ingenio, hasta este momento.

Ceres, latina, es *Demeter* griega. Debemos confesar nuestra vacilación en presencia de este último nombre. Es tan antigua y generalmente admitida la idea de que *Demeter* ha de traducirse por tierra madre ó diosa madre, que apenas nos atrevemos á aplicarle nuestra teoría. Sin embargo, ¿no habría podido suceder con este nombre lo mismo que con tantos otros, es decir, la confusión de un término vulgar en el onomatopéico divino?

Hemos visto que el nombre de madre, *meter*, *mater*, está formado por las onomatopeyas, y su semejanza con el nombre de la diosa tiene su explicación, en la casualidad que ha unido la espiración con la *D* eufónica, *Dem*, á la onomatopeya *er*, con la *t* de enlace: *Dem-t-er*. El parecido de los dos términos *meter* y *Demter* concluyó por perfeccionar la aproximación, haciendo Demeter. Por lo demás, este *De-meter* ó *Ge-meter*, como quieren algunos, siempre dió lugar á dudas, en su primera parte: porque suponiendo la palabra de origen griego, Δη no significaría diosa, ni γη pudiera cambiarse durante tan corta evolución en el sonido Δη; y si procedente del sanscrito, ¿cómo es que no queda ninguna forma parecida en los Vedas?

En fin, lo que decide la cuestión para nosotros es: que *Demeter* sería una excepción á todas las divinidades, pues que ninguna de ellas tiene nombre griego.

El nombre de *Demeter* ha engañado á los griegos y á todos los mitógrafos. *Demeter* no es la tierra madre. *Demeter* es un dios fuego, un dios creador, espíritu y calor. El error del nombre ha hecho de él una diosa alimentadora y productora: la fuerza que desarrolla y hace madurar los gérmenes. La Ceres latina, que se puede identificar con esta última concepción de

los griegos, es también una diosa de la producción.

Sin embargo, á pesar del olvido de la significación primitiva de *Demeter*, su gran carácter de espíritu y de calor creador se revela en el fuego eterno que ardía en su templo de Mantinea (1) y en todos los altares que tenía por Grecia.

El parecido del término evolutivo *Dem-t-er* con *Demeter*, ha traido consigo todas las consecuencias del mito. Desde entonces, *Demeter*, diosa madre, tierra madre, porque siendo carácter productor se la confundió con la tierra misma, fué casada con el cielo, en virtud de una opinión de la decadencia, que consideraba el cielo y la tierra como esposos. *Demeter* no podría ser diosa productora por excelencia, si este carácter no le hubiera sido asignado desde el origen por las onomatopeyas del soplo y del calor. Todos los dioses de la agricultura, de los granos ó de los frutos, que han llegado á serlo por asociación de ideas, llevan en sus nombres las dos ó por lo menos una de las onomatopeyas; y sería bien extraño que Demeter sola, fuese la única diosa que tuviera un nombre griego como nombre propio. En todo caso debiera ser este un epíteto, pero ¿dónde está el nombre propio?

Ceres, la latina, *Herta*, la germánica, *Alo-Alo* (2) de Tonga, *Burbi-Pennu* de los khondos, *Centeotle* la mejicana, todos llevan la onomatopeya del calor más ó menos disfrazada, porque son dioses de la producción ó de los frutos.

Le Clerc, en su *Biblioteca universal*, ha hocho tan poco caso de la significación atribuida al nombre de *Demeter* que hace de ella una reina de Sicilia, *Dio*, á

(1) Welcker. *Griech. Cætterl.* Vol. I., pág. 385, etc.

(2) Este *Alo-Alo*, divinidad de la producción y de los granos, hace recordar la palabra *alea*, en eúskaro, *grano*.

quien sus pueblos dieron el nombre de *Dio-meter*, agradecidos por haberles hecho conocer la agricultura.

Demeter era diosa de los pelasgos. Había en Argos un templo de *Demeter* pelásgica (1), y el templo de Ceres en Roma se encontraba al lado del Palatino, probablemente, en el sitio de un antiguo santuario dedicado por los pelasgos á Demeter, porque era hácia esta parte donde estaban los templos de los dioses pelásgicos. Según Dionisio de Halicarnaso, (2) los arcadianos fundaron un templo de Demeter en Roma y establecieron allí su culto. Decir arcadianos es decir pelasgos, porque la Arcadia es el país donde los pelasgos residieron más largo tiempo y el de su preferencia. Siendo diosa pelásgica Demeter, se explica la composición de su nombre *Dem-ter*, por la misma ley que dió lugar á la forma de *Diovi-ter* ó *Júpiter*.

Se ha querido explicar el nombre de Ceres por el hebreo *gheres*, trigo ó harina, y por el término sabino *Ceres*, que quiere decir pan.

Se ve bien que estos nombres son términos paralelos de la evolución de las onomatopeyas, que produjeron en hebreo y en sabino, como era natural, por la asociación de ideas, palabras parecidas que llevan en sí, la significación de cosa alimenticia; resultado del crecimiento y desarrollo impulsados por el calor creador. Es perfectamente lógico, que los nombres de trigo, harina y pan fuesen designados con las onomatopeyas en alguna corriente evolutiva. Así, *gheres* procede sin duda de *ja-er*, lo mismo que *Ceres*, por síncope, *ger*, *ker*, *Cer-es*, que si hemos de juzgar por el genitivo *cereris*, fué en el principio *cer-er*, duplicada la onomatopeya del calor, donde se ve claro el paso de la *r* á la *s*,

(1) Pausanias. II. 22. 1.

(2) Dion de Hal. I. 33.

que con razón hemos presentado como normal, en cierto tiempo.

Ceres, pues, que en el origen fué *Ha-er*, como todos los grandes dioses primitivos, tuvo la misma evolución en el seno de los mismos pueblos, que los términos vulgares de trigo, harina y pan, y es esto precisamente lo que explica con toda claridad su mito.

Se creyó entre los sabinos, que *Ceres* era *cerés*, el pan, y, por consiguiente, se la adoró como diosa de la producción, la que hace crecer el trigo, de donde sale el pan. Sin embargo, si los sabinos se hubiesen fijado un poco en su propio idioma, hubieran visto como vemos nosotros, que *cerés* no fué más que una aproximación hecha por el vulgo, de un nombre más antiguo, á la palabra que entre ellos expresaba el pan. Y esto puede servir de norma para apreciar los otros hechos parecidos.

El nombre de *Creador*, en lengua sabina, es *Cerus*, indudablemente el nombre primitivo, en la raza, de *Ceres;* pero el pueblo, observando el parecido de su dios creador *Cer-us*, con el nombre del pan, olvidó el gran atributo, llamando á *Cerus*, *Ceres*, su *dios-pan*. La tradición no obstante, conservó á *Ceres* su antiguo carácter de espíritu creador.

El mito ha hecho de Ceres y Proserpina, madre é hija, pero realmente, en el origen, fueron una misma cosa. Esta forma: Proserpina; está mejor conservada en griego: *Persephone*. Sin embargo, Proserpina no debe considerarse como una corrupción de la palabra griega, sino como un término de evolución paralelo y algo diferente. La forma primitiva fué esta sin remedio: *Ber-ja-er-van*, que ofrece el hecho raro, de dos pares onomatopéicos, que debieron haber estado separados, reunidos.

Es fácil de concebir que en un pueblo, donde se re-

unieron estos dos términos evolutivos con el mismo significado y atributos, se juntasen, formando desde entonces, una sola palabra y un solo dios. *Bero-ja* y *er-van* dieron lugar á una forma anterior á la latina, *Pro-sa-er-pen*, que hizo después *Proserpin-a*, de un modo normal. *Berja-van*, otra variante paralela, dió la forma griega *Persephone*. El otro nombre de Persophona, *Kora*, es un término idéntico de evolución á *Hora*, la esposa de Jano: Ha-er, sincopado, *Hora*, *Kora*. Se ve que Persephone y Proserpina traen una evolución paralela, pero lejanísima, y que son originadas en dos formas un poco diferentes: *Beroja-er-van* y *Berja-van*, suprimiendo esta última la segunda onomatopeya del calor, sin duda, por abreviar. No es extraño, por tanto, que las antiguas fábulas hagan de Proserpina, una representación en la tierra, un poco diferente de la Persephone, hija de Júpiter y Ceres, porque es natural que, durante sus dos evoluciones, se hayan achacado á la primera, rasgos míticos algo diferentes de la segunda, y vice-versa. De todos modos, al volverse á reunir en Italia, se reconocen y se abrazan formando un solo tipo. No es del caso explicar aquí el mito de Proserpina, porque sería preciso seguir una larga serie de asociación de ideas que habrá ocupado siglos; otros podrán hacerlo partiendo ya de estable fundamento. Diremos sólo, que Proserpina es, como no podía menos en el mito, la fuerza creadora que acompaña al sol, á su padre Júpiter, en los seis meses de vereno y primavera que domina el hemisferio, y, de consiguiente, á su madre la tierra productora, Ceres; mientras que los otros seis meses de invierno y otoño huelga en los infiernos con su marido *Pluton* (Bero-t-un, Bro-t-on, Bluton, Pluton,) el sol en el hemisferio inferior.

La fuerza creadora disminuye y muere con el sol, á

medida que éste baja y se extingue su calor; por eso, Proserpina es arrebatada por Pluton acompañado de Mercurio, un sol crepuscular y moribundo también. La granada que come en los infiernos, es como la manzana, el símbolo del placer que acompaña al acto generador. Este emblema perteneció á la manzana por la aproximación de su nombre al término, *manthana*, la operación del pramanta, y á la granada, por su fecundidad interior. La virgen que las prueba, queda por lo general aficionada á su marido como Kôra á Pluton.

Las consecuencias anímicas que han salido de este mito son muy posteriores. Se equiparó después, en los misterios, la vuelta periódica de Proserpina á las idas y venidas del alma humana de los infiernos al mundo; pero esto deja de tener importancia ya bajo el aspecto mítico, perteneciendo á la elaboración moral y religiosa de la humanidad.

Los misterios son una cosa verdaderamente misteriosa de que quedan pocos datos, para lo mucho que pasaba allí. La superficialidad y ligereza con que se habla de ellos, ha separado bastante la atención, del estudio más interesante acaso, que ofrece la antigüedad. Nosotros no podemos creer que hombres como Pindaro, Platón, Arístides, Cicerón, Homero ó quien quiera que fuese el autor del himno á Ceres, digan cosas como estas, sin motivo, hablando de los misterios: «El cuerpo del hombre, dice Pindaro, está sujeto á la muerte: el alma conserva la vida, imagen de la eternidad.»

«¡Dichoso entre los mortales (himno á Ceres) el que tales cosas vió! Pero el que no está iniciado y no participa de los santos misterios, no gozará jamás de tamaña suerte, porque habrá muerto entre horribles tinieblas.»

«Cree amigo, dice Platón (1), que para el alma no es más ventajosa, su unión con el cuerpo, que su separación.»

«A Ceres, dice Isócrates, debemos dos apreciables dones; por medio del primero, dió á conocer, á nuestros progenitores, los frutos que les sacaron de *su estado salvaje*; por medio del segundo, *nos enseñó los misterios* que nos inspiran la esperanza de obtener, después de esta vida, la felicidad de otra interminable (2).»

«Los mixtos gozarán en los infiernos de una luz más pura» dice en las Ranas, Aristófanes. «Tendrán mejor parte después de su muerte, añade Arístides (3).»

«Las iniciaciones no sólo nos enseñaron el arte de alcanzar mayor felicidad en esta vida, sino á morir con mejor esperanza (4).»

«Dicha es el estar iniciado en los misterios de Eleusis, porque la condición de los mixtos será mejor entre los manes (5).»

«El que no tiene el corazón puro, el mal ciudadano, el sacrílego, no tome parte en nuestros cantos; no les es dado celebrar á Ceres, nuestra protectora» hace decir á los mixtos, Aristófanes.

¿Qué podían ver estos hombres en los misterios, que así hablaban con tal seguridad y firmeza, de la otra vida?

Este testimonio no tiene réplica; Aristófanes, un crítico burlón; Isócrates, un hombre serio; Cicerón algo excéptico; Plutarco crédulo, pero honrado é inca-

---

(1) De leg. VIII.
(2) Isócrates. Paneg.
(3) Arístides, Ret. Eleusina.
(4) Cicer. De legib. II. 14.
(5) Plut. *Amator*.

paz de mentir; á ninguno de ellos se les puede negar el talento, la instrucción y el juicio crítico, á no ser acaso á Plutarco, algo de esto último. ¿Estaremos á ciegas, de una cosa sabida de los antiguos por un procedimiento positivo? ¡Bueno fuera que nuestra decantada civilización fuese sólo aparente y material!

Kore se interpretaba antes por el verbo κυρεω *labar*, suponiendo que había salido pura de los infiernos, y porque se llamaba también á *Yaco*, el sol naciente del solsticio de invierno, *Kuros*, que se traducía por purificado.

Ya sabemos á qué atenernos respecto de este Kuros, nombre del sol; es la terminación de Hércules y de Mercurio. Respecto al nombre de Persephone, que también se llamaba *Perephatta*, se inventó una frase que dice, φέρουςα φονον, indicando, la que lleva la muerte.

Antes, se le había interpretado por *per*, aumentativo, en hebreo, y *saphan sepheon*, oculto tesoro, porque se creía que *Pluto* y *Pluton* venían de *lut*, *plut*, cubierto, oculto; y como el oro y la plata están ocultos en las entrañas de la tierra, así estaba Proserpina, que no era otra cosa que el tesoro escondido. Y con esta clase de etimologías todo el mundo quedaba satisfecho á falta de otra cosa. ¿Cómo había de ser posible penetrar el sentido profundo de los mitos? Ultimamente, se cayó en la cuenta, de que el nombre *Persephone* según lo escribe Pindaro, ó *Phersephasa* según otros, encierra la misma raíz arya que ha hecho el sanscrito *bhr*, sustentar, *bar* alimento, el persa, *bar*, cebada, el latín, *bar*, frumentum, el escandinavo *barr*, cebada, el gótico *baris*, el anglo-sajón, *beris*, etc., etc. Pero, problamente, se dijo, no pasa esto de ser una mera apariencia. Y hé aquí, cómo habiendo estado tan cerca de la clave, se abandonó por falta de metódica comparación. ¿No

prueban todos esos nombres, indicando la producción y el *fruto*, en tan distintas lenguas, la evolución de la onomatopeya *ber*, en el sentido que hemos dicho?

MINERVA.

Minerva, «*dicta quod bene moneat*» decían los antiguos, ha debido á su relación fonética con *mens*, el atributo de inteligencia. Es una diosa de luz naciente ó débil: Min (en eúskaro, delicada, pequeña, sutil) procedente de la raíz *ma*, que á su vez viene de la forma espirada onomatopéica, *am*, *am*, haciendo *ma*, *man*, *men*, *min*, y *er-va* el soplo y el calor, en su forma primitiva. Minerva fué, pues, como Mercurio, una aurora y un crepúsculo, y al mismo tiempo, la luna. Fué el espíritu creador, adorado en sus manifestaciones luminosas más débiles. Sus relaciones con *Hersa (Ha-er-ha?)* el rocío, se explican así; el rocío coincide con la primera luz del día, pues no se ve hasta entonces. Como luna y como sol naciente, rasga el cerebro de su padre (Júpiter), la bóveda celeste.

Max Muller identifica á Minerva con Athênê; pero ya los romanos lo habían hecho antes que él. Es un empeño vano, este de las identificaciones, que no resuelve nada, porque todos los dioses se parecen y todos se diferencian en alguna cosa. Es preciso ir á buscar la identidad en el origen; después, sólo se encuentran términos de evolución nominales ó atributivos más ó menos semejantes, pero casi nunca idénticos. Si los dioses griegos y romanos se parecen más, es que éstos últimos han usurpado los principales rasgos á los otros.

La primera parte del nombre de Min-erva había sido descifrada ya: se sabía que *Min* indicaba una luz naciente, y que Minerva podía venir del *manas* sans-

crito, espíritu, del *mane* latino, la mañana, ó de *Matute*, la aurora; pero la segunda parte, *er-va*, era la que burlaba todos los esfuerzos de la erudición y del ingenio. Así como el latín, se decía, hace *cervus*, del *keras* griego y del *siras* sanscrito, bien pudo haber hecho Minerva, de *manas;* sin hacerse cargo, que no hay paridad en los dos casos, y que es muy mal sistema buscar filiación de términos en lenguas que no proceden unas de otras, sino que son parientes laterales.

El latín ha hecho *cervus*, y el griego y el sanscrito han hecho *keras* y *siras* respectivamente, de una forma anterior onomatopéica, *Ha-er*, que explica las tres por una simple síncope: *Ha-er*, *ka-er*, *ker-as*, la forma griega; *Ha-er*, *Sa-er*, *Sir-as*, la forma sanscrita; *Ha-er*, *ka-er*, *cer-b-us*, la romana, con una *b* eufónica de enlace. No es que el latín haga *cer-vus*, de *siras* ó de *keras* por una ley fonética particular, sino que ha hecho *cer-bus*, de la forma primitiva, por eufonismo.

Min-erva es, pues, el soplo y el calor, con una adición posterior, Min, luz débil y ténue: *Min-er-va*.

MERCURIO.

Sucedió á Mercurio lo mismo que á Minerva; los romanos le asignaron todos los atributos y fábulas del *Hermes* griego. Los *feciales*, sin embargo, no reconocieron nunca esta identificación, sirviéndose en lugar del cadúceo, de una rama sagrada, emblema de la paz. El bastón de heraldo que Hermes recibiera de Apolo, estaba al principio, rodeado de cintas blancas que después fueron cambiadas por serpientes. El cadúceo, Κερυκειον (*Ha-er*), vara divina, que se tradujo vara del heraldo, era la vara con que Apolo apacentaba los rebaños del rey Admeto, acaso para hacerlos fecundos, como con la varita de *palaca*. (*ber-aj-a?*) (*pel-ak-a*, *palaca?*)

Según Arriano (1), el cadúceo tenía la propiedad de cambiar en oro, cuanto tocaba. Homero le llama varilla de oro de tres hojas que da la dicha y la riqueza (2). Estas tres hojas recuerdan las tres del palâcâ y la antigua comparación del rayo con el tridente, con una cruz, con el martillo de tres puntas, con el martillo de *Thor*.

Casi todas las plantas consagradas á la producción del fuego como la hiedra, la *athragene*, (clematida quizá,) se distinguen por sus hojas de tres puntas.

La varita mágica y adivinatoria de los cuentos de niños es una reminiscencia de este cadúceo, que á su vez procede del rayo con que Indra rasgaba la nube y ponía en libertad á las vacas celestes. ¡Así se transforman en el mundo las cosas y las ideas!

Se ha creido que el nombre de Mercurio tenía alguna relación con *merx* y *mercari*, y de esto proviene su atributo mercantil; pero hemos visto ya que Mercurio no es, sino una forma paralela de los nombres de Hércules y de Heracles. La última parte de su nombre, *curius*, es un nombre posterior del sol, procedente de las onomatopeyas; mientras que la primera, si no fué *Ber* en el origen, pudo haber sido contracción de *Ma-er*; y esto parece más seguro, porque así resulta como Hermes, un dios crepuscular, cuyas atribuciones sincopompas no deben extrañarse ya, sabiendo que son *dioses-soles*, bajando al hemisferio inferior, y por consiguiente, acompañando á las almas que van á los infiernos.

MARTE.

Era natural que el dios de la guerra tuviese un puesto de predilección en Roma, el pueblo de la fuer-

(1) Discurso 20, sobre Epícteto.
(2) Vers. 523. Iliad.